Fragmentos: En las noticias

■ ■ S.M. Martin*

U no de esos mudos, de los que hablan con sordos, gesticulaba en medio de ademanes como si sus ojos gritaran las palabras tan fuerte que antes de ser escuchadas, pudiesen ser comprendidas por la concurrencia evidentemente distraída y por sus mentes ausentes, perdidas en el laberinto de sus fantasías.

Nadie intentaba oír a aquel predicador silente, observador, traductor y filósofo de la vida que exponer pretendía su travesía. Era lo rutinario.

La mayoría, sin escuchar, esperaban un turno para argumentar, complementar o tratar ese o cualesquier otro asunto, soslayando los esfuerzos de gesticulación, coordinación y ademanes del intérprete afanoso por difundir su utopía.

Entre egos, ironía y protagonismo, bajo una perversidad disimulada, se desenvolvía la emblemática reunión. No hubo diálogos, sino exposiciones ansiosas por resaltar superioridad, conocimiento, experiencia y el falso temple de cada uno... de sí mismos; solo palabras que, en los oídos, se convertían en ruido y vacío, mensajes lisiados y conceptos tergiversados; soldados mutilados y sentimientos lastimados.

El único y verdadero protagonista era el ego ciego y solitario que, sin oídos, se regocijaba solidario creyendo ser el discurso de la asamblea, el orador del pueblo, la palabra del universo...

En la pasarela de egos, cada presentación era admirada solo por los ojos embriagados y trastornados de un reflejo imaginado en un espejo idealizado, una imagen trastocada por la ambición de convertir

al protagonista en héroe consagrado. Nadie más miraba ni ponía atención. No había más imágenes que las máscaras de divas y semidioses soñadores pretendiendo maquillar su autoestima, su éxito y su seguridad. Todos los relatos eran hazañas épicas y oníricas del poder fantástico con que sueñan los mendigos de afecto, los sedientos de atención, los necesitados de reconocimiento, los menesterosos de inclusión, y los realmente mutilados, frustrados, desahuciados y envejecidos en su corazón.

Ignorar, pisotear, etiquetar y criticar era el preámbulo de cada orador. O adular... antes de humillar, para aventajar posición en la pirámide de la dominación.

El recinto, un día por semana, se convertía en una escena digna del mejor dramaturgo de la ciudad, la tierra prometida de los titanes de la humanidad, el sueño realizado para contener la tragedia de la realidad, la metáfora de un drama, la alegoría de Platón, el infierno de Dante lleno de Virgilio para guiarnos por la región.

Cronistas, escritores, compiladores de la historia, juglares del tiempo, artistas ambulantes, trovadores. No omito reporteros ni opiniones o entrevistas en los noticieros. Todos, de alguna manera inadvertida, somos narradores del discurso de nuestras emociones y deseos; somos los héroes y dioses en las leyendas, cuentos y epopeyas, que se fraguan en nuestro anhelo de participar en la vida de los demás; pero nos convertimos en villanos. Quizás, en realidad, solo somos víctimas del ente avaro que llevamos dentro: el ego goloso que no distingue el sabor entre lo auténtico y lo espurio.

El efecto parecía ser el mismo: verborragia en el expositor, inatención en el auditor e ironía y socarronería en algún comentador emergente y disruptivo. Una torre de Babel, un diálogo a señas entre ciegos; gritos e insultos entre sordos; risas y burla entre soberbios.

* Empresario independiente dedicado profesionalmente a la informática. Especialidad en sistemas de administración hospitalaria, expediente clínico y auxiliares de diagnóstico. Escritor, filántropo e investigador de los paradigmas sociales de nuestra civilización. Estudios libres en psicología, semiología, cienciaología, psicoanálisis, antropología y física. Cuatro libros publicados y varios artículos en diversos medios. Ingeniero en Informática por la UNAM y estudiante de Filosofía en la Universidad Panamericana.

No faltó el astuto que, aprovechando la fuerza de la arrogancia, el poder de la ambición y la miseria de probidad; subastara migajas de ocasión para vender un instante de fama y protagonismo en la reunión.

Una fiesta de disfraces: histriones, actores y bufones escondiendo tragedias de alta costura tras sus antifaces. El mismo espectáculo de todos los días, el alma del vecindario, la celebración inclusiva del arrabal. Ricos, transgénicos y obreros que se disfrazan pretendiendo ser lo que no son. Predicadores que juegan a las escondidas, creyendo que alguien con ellos juega a encontrarlos, pero... a quién le importa.

¿Para qué tanto grito, si el miedo ciega nuestros oídos y nuestros ojos ensordecen ante la mirada de la tragedia? Huyen nuestras almas por la oscuridad, chocan con muros de impotencia y lloran la verdad que se destruye cuando las lágrimas estallan contra el piso.

La sensibilidad se convierte en resistencia y la enfermedad se proclama autoinmune, silenciosa, crónica y letal. Clava su bandera la desdicha y festeja su victoria el ego; la derrota de su autoestima y su valor.

Todos somos cronistas, todos somos el jugador más valioso, todos somos la afición, todos jugamos el mismo juego. Y todos jugamos solos, aunque el escenario esté repleto y sea siempre el mismo.

Nadie comparte su valor, pero atesoramos andrajos y desechos pensando que nuestro arcón está vacío. ¡Miopes indigentes!, somos los historiadores de nuestra cerrada oligarquía.

Qué nunca aparezca el príncipe de la realidad. ¡Qué nunca termine el sueño de los justos! Qué la muerte de la fantasía nos encuentre durmiendo y que en vida durmamos su sueño. Cada paso adulterado es un paso menos rumbo a la muerte de nuestro imaginario, pero un paso más embriagados y engañados. Poco a poco caminamos sobre ese delgado hilo de letras que se convierten en discurso, en retórica y quimera; despacio, sin prisa, hasta que el antifaz se transforme en rostro y el disfraz se convierta en risa.

¡Aplaudan ya, colegas!, he venido a refrendar mi osadía, a gritar mi rebeldía y conmoverlos con mi pillería. Hago malabares con chistes, noticias y digo farsas, ficciones e invenciones. A los nobles explico historia, política y modales; al pueblo entretengo contando mi travesía, pues viajando vengo desde Pekín, por medio oriente y hasta Belén o Ítaca, de donde llegará la mentira, la ficción, la aventura y la invención; pues de esos lares, os traigo información.

Qué pena, qué risa: lírica, poética, drama, tragedia, farsa, religión y picardía; soy el oráculo de esta cofradía. Qué viva Homero, Shakespeare, Cervantes y Dostoyevski; qué nunca termine el sueño aciago del ego, qué nunca muera el bufón de la comedia ni desaparezcan los jinetes de la fama, la mentira y la ironía. Sin esa sazón, no podría soportar esta agonía.

Sin más preámbulo... ¡Qué venga la fantasía! ¡Que despierten los fantasmas imperialistas de la mentira! ¡Que el chantaje recupere su linaje! ¡Que mueran los peones, los ciegos y los engañados! ¡Que muera el rey! ¡Que muera el soldado! ¡Que muera el conquistado! ¡Que muera! ¡Sí, que muera!